# TUNDRA

Stephen Maldon

# TUNDRA

Stephen Maldon

avant
editorial

Primera edición, febrero de 2025
© Stephen Maldon, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-58-1
THEMA: FL - FLPB - FDB - FLS
DEPÓSITO LEGAL: M-5086-2025

*No sé si habría comenzado este libro sin el apoyo de Franziska;*
*no me cabe duda de que jamás lo habría terminado.*

*Agradezco a Cecilia sus útiles comentarios sobre algunos capítulos*
*cuando aún se encontraban en estado embrionario*
*y a Rolf sus agudas observaciones sobre*
*la novela cuando ya estaba casi terminada.*

*Pero ¿qué valor puede tener la vida si el primer ensayo*
*para vivir es ya la vida misma?*

Milan Kundera, *La insoportable levedad del ser*

*Kafka te llama Poseidón; Ovidio, Neptuno. A decir verdad, no me gusta tu nombre latino. Es como un escritor con seudónimo.*
*Los seudónimos han de estar muy justificados.*

Cees Nooteboom, *Cartas a Poseidón*

*Viaja lo suficientemente lejos en las cuevas y encontrarás reyes míticos, dormidos con sus guerreros; oirás al Minotauro y las ovejas del Cíclope. Camina lo suficiente y te encontrarás contigo mismo, viniendo en dirección contraria…*

Terry Pratchett y Stephen Briggs, *The Discworld Companion*

# Primera parte

# 1

Slick volvió en sí y miró a su alrededor. A su izquierda, los restos humeantes del aerocoche indicaban que había estado un buen tiempo inconsciente; el fuego se había extinguido y muchos escombros ya se habían hundido en la nieve. A su derecha vio un sinfín de barrancos cubiertos de hielo. Delante de él, la planicie blanca se extendía hasta una bruma azulina que parecía envolver algunos cerros. Se palpó con detenimiento el traje aislante: ningún agujero, ningún daño importante, apenas algunos rasguños. Estaba un poco mareado y tenía un dolor intermitente en el hombro derecho, pero eso era todo. Comprobó que su mochila con agua y comida había sido expelida de la nave junto con él.

A juzgar por dónde se encontraba el pequeño sol en el cielo, debía de ser verano, cerca del mediodía, de modo que tendría muchas horas de luz y de temperaturas tolerables. Improvisó un tobogán utilizando lo que quedaba de la puerta del aerocoche para sacar provecho del suave declive del terreno hacia el sur y así, ojalá, salir de la zona circumpolar antes de que cayera la noche. Al cabo de unas dos horas continuó a pie; paró tres veces para comer algo y recobrar fuerzas. Después de la tercera pausa se levantó un persistente viento que lo empujaba en la dirección correcta, aun cuando también bajaba preocupantemente la temperatura de su traje. Si además de la mochila hubiera alcanzado

a sacar un traje espacial del *Búho Pescador* antes de tomar el aerocoche… Ahora debía concentrarse en llegar lo antes posible a lo que, según los informes, era el único asentamiento de homínidos de aquel sistema solar.

Por un lado, la existencia de aquel asentamiento indicaba que había una zona donde sobrevivir acaso no fuera probable, pero sí posible, cuando menos con respecto a los recursos y el clima del hábitat. Por el otro, no tenía idea de cómo lo recibirían aquellas criaturas. Quizás realizaran sacrificios a algún dios sanguinario, tal vez fueran caníbales o simples cuadrúmanos, animales salvajes sin siquiera una lengua articulada, con los cuales debería competir por alimento y refugio en condiciones muy desfavorables: sin conocer el lugar, solo, agotado y con una pistola que no le serviría para nada más que asustarlos un poco antes de que dieran cuenta de él.

El sol estaba por tocar el horizonte cuando cruzó un riachuelo que atravesaba el hielo y descubrió detrás de una colina un panorama oculto unos minutos antes: una tundra ondulada que se extendía hasta el horizonte con inmensas áreas verdes, grises y cobrizas. En las faldas de un otero cercano divisó algo que no podía sino ser el asentamiento que buscaba. Descansó por cuarta vez, aliviado de saber que los informes no hubieran errado. Luego se armó de valor y se puso en camino.

Era obvio que los homínidos tenían una cultura. Las edificaciones eran pocas y pequeñas, como esperaba; los informes no llevaban a pensar que hubiera allí un millón de homínidos o que estos midieran tres metros de altura. Le llamó la atención que los edificios fueran a la vez sencillos —de solo uno o dos pisos— y sofisticados: muchas de las paredes estaban cubiertas de baldosas de pizarra, y ni los ventanucos ni las cristaleras eran

las ventanas de simples chozas. No vio cerraduras ni candados, pero se encontró con que casi todas las puertas estaban cerradas. Con lo que no contaba en absoluto era con que el sitio estuviera despoblado; recorrió calles desiertas y entró en varios edificios sin encontrar señales de que nadie viviera ahí. Aun cuando el lugar se veía abandonado, no parecía que los antiguos habitantes se hubieran marchado hacía años. Los edificios no eran ruinas erosionadas por los elementos, sino que daban la impresión de haber albergado a una población de cien o doscientos individuos hasta hacía poco, tal vez solo algunos meses. Slick debería seguir camino en busca de un lugar habitado.

Era poco probable que a esas latitudes en verano se pusiera el Sol, pero los nubarrones en el cielo y el gélido viento que arreciaba lo obligaron a buscar refugio. Entró a lo que acaso hubiera sido un edificio público, ajustó su visor para ver en la penumbra y se alegró de encontrar un rincón en un gran salón donde se atrincheró gracias a objetos que quizás fueran muebles. Bebió lo que le quedaba de agua en la cantimplora, se arropó con algo similar a una alfombra y sintió cómo, después de la bajada de adrenalina, llegaba la extenuación. No tardó diez segundos en dormirse.

ф

—¿Cómo sabemos que no era un meteorito? —preguntó el chico Lutki.

—Era una nave espacial —replicó la chica Daalit, aficionada a tener la última palabra—. Los meteoritos no realizan maniobras evasivas ante los proyectiles antiaéreos.

Otros dos chicos preguntaron al unísono:

—¿La destruimos?

—Aquellos movimientos no eran maniobras evasivas —respondió la directora del observatorio apagando los ordenadores y dando por concluida la visita de los estudiantes—. La tormenta magnética en la termosfera que vimos en la pantalla desactivó, y de seguro dañó, los sistemas de navegación y de soporte vital de la astronave.

Gaor rio para sus adentros al ver la expresión contrariada de la sabelotodo del grupo y les indicó a todos con un gesto que comenzasen a salir. La astrónoma continuó:

—Vuestra compañera estaba bien encaminada: es probable que lo que terminara derribando la nave fuera el tercer proyectil antiaéreo, aunque las descargas magnéticas la golpearon con fuerza. Eso no significa que haya sido destruida; tal vez realizase un aterrizaje forzoso en una zona donde la nieve amortiguara el impacto. Es posible que los tripulantes hayan sobrevivido la caída, pero una vez anochezca… quién sabe. Os deseo un buen viaje de regreso a la Ciudad Capital. ¡Paz y prosperidad, congéneres!

Las visitas de estudiantes de Historia al observatorio de la Ciudad del Norte solían ser tranquilas, con frecuencia incluso aburridas. Alguien explicaba por qué tan cerca del polo los cielos eran tan claros que se habían realizado más descubrimientos astronómicos allí que en todos los otros observatorios juntos. Otro astrónomo mostraba a los jóvenes vídeos de galaxias que sus antepasados habían visitado, y de planetas que habían colonizado, durante la Era de la Expansión. Gaor disertaba entonces sobre alianzas exitosas y caudillos frustrados. Sus estudiantes asentían en silencio, se ponían a tratar de descifrar la escritura de los astrónomos o preguntaban algo acerca de la aventura espacial en relación con lo que de verdad les interesaba: las Sangres, los

Equipos, los Clubes. Pero esta vez, con una astronave envuelta en llamas cayendo del cielo en una pantalla gigante, los chicos no sabían cómo controlar su agitación. La fila de estudiantes bajando la estrecha escalinata de la torre que albergaba los telescopios bullía como si fuesen camino de un apareamiento colectivo.

Apenas hubieron quedado solas en el rellano frente a los descensores, la astrónoma dijo:

—Acabo de recibir un mensaje de los jerarcas, jen Gaor: enviarán a un destacamento especial de militares a la Antigua Puerta para establecer contacto con los intrusos, nada menos que desde nuestro aeropuerto. Mañana esto será un hervidero de Hacedores.

—Es lamentable, jen Riy —respondió la historiadora, que también prefería el trato con los Artistas, aunque tuviesen especialidades distintas de la suya.

—Ojalá se tarden la mitad del tiempo en partir de lo que tarden en llegar. Aquellos congéneres no dan más que dolores de cabeza.

—¿De modo que los alienígenas están prisioneros en la Antigua Puerta?

—El mensaje no decía cuántos sobrevivientes hay, ni cómo son. Ya sabéis cuánto les gusta a los uniformados guardar y atesorar secretos…

Gaor se sorprendió al oír con tal claridad la Voz de la Sangre. Casi todos sus estudiantes y los Artistas con quienes habían hablado durante la visita al observatorio pertenecían a la mayoría Colorada y tenían la pronunciación típica de ese grupo. La chica Daalit era una de las dos excepciones: era una Pálida, descendiente de las antiguas clases inferiores de la sociedad, y apretaba los dientes al hablar como si estuviera desmenuzando con ellos carne salada. La directora del observatorio era de origen

aristocrático, como ella misma, pero Gaor no había detectado sino el más ligero de los acentos en el modo en que su anfitriona se dirigió a los estudiantes. Ahora que estaban a solas, la astrónoma arrastraba las erres como si estuviese haciendo gárgaras, acaso con la intención de despejar cualquier duda acerca de la Sangre a la que pertenecía. Ninguna de ellas había sido separada de su familia cuando pequeña, de modo que ambas probablemente mantenían mucho más que meros sonidos y palabras que delataban su origen. Como Gaor, la astrónoma de seguro tenía costumbres, e incluso opiniones, que la distinguían como Parda.

Las mujeres se despidieron y la astrónoma tomó el descensor al nivel más profundo del complejo, donde tenían sus aposentos los Artistas de mayor rango. La historiadora llegó a la habitación de huéspedes que le habían arreglado y rio al encontrarse con un mensaje de los jerarcas en el comunicador de la pared: debía ir con los militares a establecer contacto con los alienígenas.

Por segunda vez en su vida, Gaor se enfrentaría a algo que alteraría sus ideas sobre lo desconocido. Le causó extrañeza oír el sonido del interruptor cuando apagó la luz y supo que no lograría conciliar el sueño.

# 2

El único implante que Slick tenía en funcionamiento le informó que había dormido doce horas terrestres. Decidió seguir llevando la cuenta en horas y días del legendario planeta madre hasta saber más sobre el sitio que había elegido como escondite.

Mucho no sabía, porque había planeado el escape justo antes de que le desactivaran su segundo implante en el *Búho Pescador*. Había descubierto que pasarían a una distancia razonable del sistema de una pequeña estrella llamada Eos. En medio de densas nubes de polvo interplanetario y extensos cinturones de asteroides orbitaba aquel planeta con condiciones climáticas similares a las de la Tierra: 649 Eos b. Lo decisivo había sido aquel vago informe de una sonda de reconocimiento: «posible población homínida en zona circumpolar del hemisferio norte».

El escape mismo lo había improvisado una noche en que todos estaban distraídos por algún disturbio a bordo. Había conseguido piratear la red de la astronave para desactivar por treinta segundos las medidas de seguridad y se había escabullido con un aerocoche de largo alcance. Supuso que algún sensor había dado la alarma y vio en la pantalla del ordenador que una astronave grande estaba acoplándose al *Búho Pescador*. Temió lo peor cuando detectó otro aerocoche pisándole los talones, pero la nave no le dio caza: al comienzo parecía volar a la deriva y la perdió de vista cuando salieron del primer cinturón de asteroides del

sistema de Eos. La interferencia hacía imposible comunicarse con nadie allí, suponiendo que alguien hubiera tratado de contactarlo por radio, y suponiendo que él hubiera querido hablar con quienes lo habían golpeado, drogado y raptado en Colonia III.

Salió del edificio en busca de algo comestible. Debía de ser poco antes del mediodía y los días eran largos en ese mundo: casi treinta horas terrestres. Los años lo eran todavía más; la vuelta a Eos tomaba poco más de cuatro años terrestres. El diámetro del planeta era comparable al de Venus, un astro cercano a la Tierra. Los polos estaban cubiertos por hielos eternos; el hecho de haber caído Slick al sur de una de aquellas zonas probablemente le había salvado la vida. Según el informe preliminar de la sonda, 649 Eos b no estaba cubierto por enormes masas de agua como la Tierra: la zona ecuatorial era una estrecha franja de montañas, lagos y bosques, y el resto del planeta estaba ocupado por un vasto bioma de tundra. La atmósfera no era demasiado rica en oxígeno y la gravedad era intensa, pero un ser humano podía sobrevivir allí.

Le volvió a extrañar la calidad de la construcción; las puertas, las ventanas y los ventanales —estos últimos de más de dos metros de altura y uno o dos metros de ancho— eran gruesos y sólidos y aislaban del frío, el viento y la humedad mucho mejor de lo que se había esperado. Las calles apenas merecían ese nombre: no tenían aceras y no mostraban rastro de haber sido empedradas alguna vez; unas eran amplias como avenidas, otras semejaban pasajes o simples veredas. Primero creyó que las más eran rectilíneas y unas pocas zigzagueaban entre los edificios más altos; luego renunció a buscar el patrón que pudieran obedecer.

A las afueras del pueblo descubrió un huerto que no daba señales de abandono ni erosión; el villorrio definitivamente no

podía llevar demasiado tiempo deshabitado. Estuvo un buen rato leyendo en su implante acerca de la posible toxicidad y de los esperados nutrientes de las plantas que encontró, pero el hambre y el frío lo empujaron a tomar la decisión antes de descubrir nada sobre las bacterias y los parásitos locales: recolectó dos puñados de un esponjoso liquen amarillo y llenó su mochila con las hojas y los tubérculos de un arbusto similar a la juncia. No halló animales por ninguna parte; por más que sus probabilidades de supervivencia mejoraran si diera con roedores, o al menos con caracoles comestibles, debería buscar manjares dudosos como aquellos en otra ocasión. Volvió al «antiguo edificio público», hizo un fuego con su pistola láser y algo similar a la turba, lavó su cosecha lo mejor que pudo y se las ingenió para cocinarla en un cuenco que parecía destinado a tal fin. El sabor del guiso era espantoso, pero aun así terminó lamiendo el fondo del cuenco.

No había transcurrido una hora cuando agudos dolores en el vientre le revelaron que al menos uno de los ingredientes, o algún microorganismo que hubiera sobrevivido el hervor, no era en absoluto apropiado para su sistema digestivo. Después del vómito comenzó una diarrea que de desmoralizadora pasó a alarmante. Hirvió toda el agua que encontró, se arropó en un rincón y empezó a beber a intervalos regulares, cada vez más inseguro de si había algo en el agua hervida que le hiciera peor. Sin disponer de un botiquín de primeros auxilios, y desconociendo la composición exacta tanto de las plantas como del agua…

Claramente, había sobrestimado sus posibilidades de supervivencia.

Vio con los ojos entrecerrados cómo avanzaba la tarde, presa de una fiebre que seguía subiendo y que le daba escalofríos cada vez más feroces. Sintió que continuaban saliendo líquidos de su cuerpo, pero no supo ni cuántas veces más sucedió ni por

dónde. Apenas se dio cuenta de una puerta abriéndose y de las silbantes ráfagas de viento que hicieron entrar al salón polvo, lluvia o tal vez nieve; creyó ver que algo se movía en medio de las sombras. Antes de perder el conocimiento sintió que las contracciones del diafragma eran cada vez más frecuentes y le hacían difícil respirar.

ф

La víspera de la partida, una ruidosa multitud hormigueaba en aquella ceremonia de despedida del observatorio. Los militares se habían recogido en un barracón improvisado a un costado del edificio principal, pero el aula magna estaba repleta de Artistas de las más diversas especialidades y los más variados calibres. No bien Gaor hubo entrado, sintió que la directora del observatorio la tomaba del brazo y le decía:

—Permitidme que os secuestre por unos momentos hacia el rincón menos bullicioso de este pandemonio.

—Soy toda vuestra, jen Riy —respondió la historiadora en voz baja—. Ya me había resignado a pasar la velada aparentando interés en el parloteo inane de los militares y los políticos locales.

—Quienes nos ganamos la vida contemplando las estrellas rara vez tenemos el privilegio de hospedar a Artistas ilustres como vos —continuó la astrónoma mientras caminaban hacia la pared más alejada del bufé—. ¿Ya sabéis algo sobre los alienígenas? Nadie ha querido decirnos nada.

—Tampoco a mí me han dado muchos antecedentes. Deduzco que al menos algunos de ellos han sobrevivido, pues de otro modo la fuerza aérea no habría desplegado toda esta actividad.